

CAPITULO IX

UNA HIPÓTESIS QUE NO SUCEDIÓ

UNA HIPÓTESIS QUE NO SUCEDIÓ

El análisis de lo sucedido durante el peronismo juega un papel importante un episodio que no se concretó: la Tercera Guerra Mundial.

Las cosas en Europa se habían puesto al rojo vivo. En Corea, yanquis y rusos peleaban "a cara descubierta". La hipótesis de un conflicto generalizado entre ambos era una variable que nadie se atrevía a descartar.

Las informaciones que llegaban a Buenos Aires llevaron al entonces titular del Banco Central, Miguel Miranda, a la conclusión de que la guerra estallaría tarde o temprano. Sólo era cuestión de tiempo. En función de esta hipótesis, Miranda se puso a estructurar la política económica del país. No está de más recordar que la hipótesis contaba con el asentimiento de las propias Fuerzas Armadas.

En el momento de hacerse cargo del gobierno el peronismo, el país soportaba un notorio desabastecimiento de numerosos productos industriales, incluidos elementos tan esenciales como neumáticos y petróleo.

Miranda comenzó a utilizar los saldos de divisas en abastecer en todo lo posible al país, ya que un conflicto bélico volvería a bloquearlas y no servirían para nada, al menos durante un tiempo prolongado. Si la guerra no se producía, las reservas de divisas se repondrían solas, a través de nuestras exportaciones. Así fue cómo el país adquirió maquinarias y equipos industriales y de guerra.

En definitiva, la guerra quedó circunscripta a Corea. El famoso Plan Marshall, distribuido generosamente en la Europa Occidental hizo que los precios de los productos que la Argentina exportaba cayeran estrepitosamente. La posibilidad de que el país integrara un "pool" de alimentos tampoco alcanzó a concretarse.

La especulación de acumular dos cosechas íntegras de maíz y lino, a la espera de una suba de precios, se derrumbó. Los precios bajaron a niveles increíbles, circunstancia que llevó a una drástica reducción de divisas y a que el país quedara en algún momento con créditos sin cubrir en el exterior, situación que demoraría casi un año en superarse.

El hecho de que se hubieran producido errores durante la gestión del peronismo no significa de modo alguno que la política instrumentada a través de la participación activa del Estado no sea válida. Sería como admitir que sólo los ingleses son capaces de administrar eficientemente. Y no es así.

Esta etapa, en la cual se afianzó, sin duda alguna el sindicato como institución, arrojó experiencias muy ricas. En primer lugar, cuánto significa el Movimiento Obrero; en segundo lugar, cuánto poder continuaron ejerciendo la oligarquía y sus aliados en conjunto; en tercer lugar, que ya no sería repetible la misma experiencia. Habían sucedido muchas cosas durante esos nueve años y además se terminó perdiendo. Y en cuarto lugar, que el sindicalismo en su conjunto mantuvo una actitud pasiva en el desarrollo político, porque no tenía muy claro qué cosas realmente había que concretar. La consolidación de las leyes sociales y el mejoramiento del nivel de vida no podían ser el final, aún quedaba mucho camino por recorrer.

El hecho de que, por ejemplo hasta el Departamento de Comercio de los Estados Unidos asegurara en un informe oficial que "los obreros argentinos tenían un estándar de vida muy superior al resto de los trabajadores de América Latina", no constituía el punto final. Sería como si en algún momento el Pentágono dijera que las fuerzas armadas soviéticas son superiores a los yanquis, y por ellos soviéticos dejaran de preocuparse por el tema.

También para al Movimiento Obrero se cerraba en setiembre de 1955 una etapa muy particular. A partir de allí quedarían afuera, perseguidos. La experiencia recogida podía ser utilizada en muy pocos aspectos, como no fuera la importancia que tenía —y tiene— para los trabajadores la unidad. El enemigo conocía muy bien el poder de esa unidad.

Ya nadie podía pensar que se repetiría todo lo ocurrido anteriormente. Creerlo así era suicida. Por ello la dirigencia sindical que actuó hasta el '55, salvo excepciones, quedó marginada en la etapa posterior. Muchos, justo es reconocerlo, quedaron marginados por la implacable persecución de que fueran objeto. Otros, simplemente porque ya no estaban para esos trotes. Y los trotes que se venían eran duros. ¡Vaya si lo eran!

Ya no podía el sindicalismo cambiar tres secretarios generales de la CGT en un año (Gay, hasta enero del '47; Hernández, agosto del '47 y Espejo), sin que se sintiera. Las huelgas que se darían de aquí en adelante no tendrían las características de las vividas en el período 1946-55. Quienes se esmeran en resaltar las huelgas habidas en el período peronista, lo hacen desde un enfoque ácidamente crítico. No se han detenido a analizar la etapa en su conjunto, para evaluar a través de la suma de todos sus factores un resultado final. Calificar al sindicalismo por esas huelgas —algunas importantes sin duda— es mediatizar la cosa, reducirla a compartimentos estancos, aislados entre sí, sin valor de juicio real, algo típico de intelectualoides.

En este período hemos dejado expresamente sin mayores referencias a la influencia, indudablemente efectiva, dinámica y revolucionaria de Eva Perón. La razón es simple: Evita ya no puede repetirse. El papel que jugó Evita fue algo muy peculiar. Su acción se desarrolló en ese marco y de acuerdo con lo que ella simbolizaba en ese momento. Con acciones desarrolladas muchas veces desde la emotividad —que suele ser irreflexiva—, generada por la injusticia social que históricamente soportaron los trabajadores, Eva Perón se convirtió en una pieza esencial del andamiaje peronista. Ella fue el vínculo más apto para comunicar a Perón con el pueblo.

Pero eran otros tiempos. Esa poderosa y única central con millones de trabajadores organizados, sería atacada sin piedad. El enemigo sabía de sobra lo peligroso que resultaría para sus intereses que tanto la CGT como los sindicatos permanecieran vigentes. La consigna "al enemigo se lo destruye o se pacta" continuaba en pie. Innegablemente tenían claro que había que destruirlo, y para "destruirlo mejor" era conveniente dividirlo. Sin Movimiento Obrero organizado, el peronismo sería apenas un "partidito".

El Movimiento Obrero, a la inversa de lo ocurrido en 1945, volvía al llano con una gran experiencia. En los años de gobierno —algunos dirán de oficialismo— había tomado contacto diario y directo con todas las experiencias que deben conocerse: negociados, golpes de Estado, burocratización, sillones cómodos, ejercicio de poder, influencia. Que las hubiera absorbido o no, era cuestión que tendría que verse. También el sector político del peronismo hizo su aprendizaje. Había llegado muy débil al gobierno. Se iba con experiencias que quizás sumaban más en los aspectos negativos que en los positivos.

Si se toma en cuenta a la dirigencia, tanto a los parlamentarios como a los que pasaron por la función pública, algunos de ellos, los menos, eran personalidades fogueadas, imbuidas de su papel, no sólo rescatables sino necesarias en la nueva etapa que se iniciaba; otros, en cambio, volvieron al anonimato. Ya no funcionarían los timbres y teléfonos. Los hombres valdrían por sus ideas, su capacidad de aglutinar a la gente, su fuerza para transmitir confianza, proponer proyectos.

Entre los grandes acontecimientos que le tocó vivir al peronismo en los últimos años se encuentran el intento de golpe de Menéndez en 1951, el suicidio de Duarte en 1953 y el convenio con la California. Sobre este último punto es importante efectuar algunas reflexiones.

El desarrollo industrial del país y su creciente consumo interno originaron una fuerte estrangulación en la balanza de pagos. El petróleo obligaba a desembolsar una creciente cantidad de divisas para obtenerlo. No quedaba otro camino que aliviar la situación tratando de extraer el petróleo que había en nuestro subsuelo. El asunto era cómo. Así surgió el contrato con la California. Muchos lo acusaron de entreguista. Las críticas más fuertes partieron del dirigente radical Arturo Frondizi, que pocos años después, ya elegido presidente, confesaría muy suelto de cuerpo que sus ideas sobre el petróleo, sostenidas durante sus largos años de político, eran erróneas. Le sonrió a la oligarquía. Así le fue.

Todavía hoy la opinión pública en general, está confundida con el vapuleado tema. La Argentina no es un país petrolero, sino un país que, en aquellos momentos, contaba con reservas suficientes como para cubrir sus exigencias internas. Para el peronismo, petróleo significaba en aquel momento desarrollo industrial. No sólo la política petrolera desarrollada después del peronismo fue realmente dependiente, sino que también debe dársele fundamental importancia a quienes en definitiva firmaron esos contratos, puesto que su mentalidad dependiente es más que conocida. El autoabastecimiento de petróleo importaba en esos años terminar con nuestra dependencia del carbón inglés. En torno a esta cuestión no fueron pocos los intereses que se movieron. Lo cierto es que el contrato con la California —extensamente discutido incluso en las propias filas del peronismo— sirvió más allá de su contenido como uno de los principales argumentos para embestir contra el gobierno.

Una detenida lectura del famoso pre-contrato sirve para demostrar que no tienen ni punto de comparación con los firmados después por Frondizi o Krieger. Sin embargo, casi nada se ha escrito para defender o, al menos, justificar desde el peronismo el célebre contrato. Al contrario, todo lo que se ha escrito sobre el mismo prácticamente tuvo el exclusivo fin de atacar al gobierno de "cipayo" o "pro-imperialista".

El país se inundó con petróleo. Hablaron sobre el tema y con el mismo sentido: Codovilla y Santamarina, Frondizi y Silenzi de Stagni, Noble y Santander, Irazusta y Repetto. La Biblia junto al calefón.

Sobre el controvertido episodio de la California resulta interesante reproducir el diálogo que mantuvo John William Cooke, el 8 de julio de 1964, con Cornejo Linares, miembro de la Comisión Investigadora del Petróleo, constituida en el Congreso. Las opiniones de Cooke son valiosas, porque llegó a representar personalmente a Perón, y se trata de un hombre a quien nadie, nadie, puede siquiera sospechar de obsecuente o verticalista; al contrario, siempre fue considerado como el ala izquierda del partido.

Dijo Cooke en aquella oportunidad: *"Fui diputado por el peronismo durante los años 1946 a 1952. Durante este lapso la política del peronismo en materia de petróleo fue esencialmente nacionalista. Algún rotativo que sirve al imperialismo aludía a mis discursos diciendo: 'Ha pronunciado un nuevo ritornello antiimperialista'".* En 1955 yo era director de la revista "De Frente" y combatí el proyecto, no porque considerase que era lo mismo que tratase con un consorcio petrolero un gobierno cualquiera que un gobierno que, como ése, controlaba los resortes de la economía, es decir el comercio exterior a través del IAPI, los depósitos bancarios, la emisión, que contaba con una fuerza sindical y con gran apoyo de masas.

Digo esto porque hay que hacer un distingo entre las condiciones en que puede tratar un gobierno nacionalista de ese tipo, y otro cualquiera que, por buenas que sean sus intenciones, siempre está sujeto a una serie de limitaciones, propias de su misma naturaleza. Podía ser sí (el contrato) una solución de tipo técnico, pero no olvidemos que los equipos formados por técnicos olvidan los problemas políticos. En una nota que escribí imputé al equipo económico el aferrarse a criterios exclusivamente técnicos, despreciando palabras como soberanía, sentimientos populares, etc. Ese apego al tecnicismo, propio de gran parte de los economistas, inclusive algunos de los que integraban el gobierno peronista, es un error. No hay decisiones técnicas, las decisiones son políticas. Después de los sucesos del 16 de junio de 1955 (intento militar contra Perón, se bombardeó Plaza de Mayo, ocasionando cientos de civiles muertos) el general Perón me llamó para ofrecermelo o un ministerio o como finalmente se resolvió, el cargo de interventor del partido en la Capital Federal, que era el eslabón más débil del peronismo. Recuerdo que le hice conocer mis objeciones y le recordé que yo había estado atacando los contratos petroleros y que no pensaba cambiar mi política. Perón me dijo que había una discusión muy amplia al respecto y que por lo tanto no sería un proyecto elaborado entre gallos y medianoche. Me invitó que concurriera a las reuniones del Consejo Superior. Estaban los que impugnaban el contrato (Bustos Fierro, Díaz de Vivar) y los que lo defendían (el ingeniero Rumbo entre otros).

En una reunión con Perón pocos días antes de la caída del gobierno me dijo el presidente que ese convenio no saldría, pero que de todas maneras lo había mandado al Congreso para ver la reacción que provocaba y para que se entablara un gran debate público. Perón pensaba que, en todo caso, se podría de esa manera negociar en otras condiciones".

El régimen peronista había sido desbordado por sus enemigos. La cruenta campaña desatada contra Perón desde importantes sectores de la Iglesia, pasando por los partidos políticos, los grupos empresarios y los intelectuales, creó un clima de especial hostilidad. Todo era válido. El petróleo, la UES, las famosas fotos de Gina Lollobrigida.

Seguro que el gobierno había cometido errores. Y seguro también que entre sus funcionarios, algunos habían abusado de su cargo. Pero la inteligentísima campaña lanzada contra el peronismo colmó todas las medidas. Para acusar al gobierno de inmoral, cualquier bastión era bueno. Los púlpitos de las iglesias; las reuniones de madres en los colegios, donde se creía que Perón era una especie de monstruo sexual; los que estaban obligados a respetar precios máximos o quienes se encontraban impedidos de aumentar los alquileres. La clase media, en la etapa final del período peronista, fue un instrumento magistralmente manejado para oponer y agitar contra el gobierno.

El criminal bombardeo contra civiles en la Plaza de Mayo, el 16 de junio, con centenares de muertos inocentes, y la renuncia de Perón, el 31 de agosto, mostraban sin duda, que todo estaba terminado.

El nacionalismo de Lonardi y sus seguidores fueron los "idiotas útiles" del golpe. Lonardi apenas duraría unos días, hasta el 13 de noviembre de 1955. A partir de entonces la oligarquía nuevamente se instauró en el poder dispuesta a vengarse. Sabía cómo hacerlo. Aplastando sin piedad, sin leche de clemencia. No tuvo en cuenta que más allá del desvalido aparato político del peronismo, había un movimiento sindical que, con todas sus falencias, tenía conciencia del problema que se le venía encima, y tenía conciencia también de que en la lucha que se avecinaba estaría solo.

También es cierto que durante estos nueve años se habían generado condiciones que ya no podrían eliminarse. Volver a la Argentina anterior a 1943 era imposible, por una razón muy simple: la trinchera del peronismo o Movimiento Obrero, como quiera llamársela, no podía ser arrasada sin que quedaran sus huellas. El peronismo, por sus profundas raíces, no era un partidito. Era apenas el pueblo. Ni más ni menos.